

*De la ciudad letrada a la ciudad  
hipertextualizada:  
notas sobre la resistencia de la memoria*

*Álvaro Bisama*

Universidad de Chile y Universidad de Playa Ancha

1. LETRA MUERTA

En el presente trabajo queremos ocuparnos de las relaciones que permiten el desplazamiento del paradigma de la ciudad letrada hacia la que podría ser su última actualización: *la ciudad hipertextualizada*. Eso, porque es interesante pensar que las formas de relación que fijan el espacio de la ciudad letrada pueden ser extrapolados. En su libro clásico, Ángel Rama no solo suscribe una historia de la cultura y una cierta figura del intelectual latinoamericano, sino que también establece un imaginario que liga poder y saber a un cierto espacio. Ese espacio es el que intentaremos analizar suponiendo que las mutaciones de la tecnología han terminado por redefinir el paradigma de las relaciones en el campo cultural. El modelo propuesto, además de ilustrar, también permite suponer una orgánica, un cuerpo social donde la cultura se produce, instrumentaliza y expande.

Así, para empezar, valga la explicación de que en el libro de Ángel Rama la relación de la ciudad con la palabra se mueve desde un sentido tecnológico hacia uno ideológico. La palabra se entiende como la representación de un macrorrelato que se instala en todo nivel. Una sustitución que en su momento de instalación es comprendida como un desplazamiento de lo oral hacia lo escrito. Mientras el plano damero desplaza a la geografía sagrada previa, la letra termina imponiendo y ejecutando un orden porque, aunque “se siguió aplicando un ritual impregnado de magia

para asegurar la posesión del suelo, las ordenanzas reclamaron la participación de un *script* (en cualquiera de sus divergentes expresiones: un escribano, un escribiente o incluso un escritor) para redactar una escritura. A ésta se confería un rol que se reservó siempre a los escribanos: dar fe, una fe que sólo podía proceder de la palabra escrita [...] Esta palabra escrita viviría en América como la única valedera, en oposición a la palabra hablada que pertenecía al reino de lo inseguro y lo precario”<sup>1</sup>.

La secuencia posterior refiere al viaje que autonomiza a la palabra y al escribiente del poder central y a los diálogos históricos que ambos entablan con la ciudad. La relación con la misma es entonces una relación que implica cambios ideológicos y tecnológicos con respecto a la ciudad y la palabra, una instalación que terminó en la cultura del libro como ejemplificación más obvia de los vaivenes producidos en el viaje. Las intenciones de autonomía del Chile en proceso de emancipación tienen su ejemplo más obvio en la llegada de la imprenta en 1811, “de esta imprenta saldrían el primer periódico y el primer libro impresos en Chile, y también los primeros decretos sobre libertad de prensa expendidos en el país”<sup>2</sup>.

Bernardo Subercaseaux la describe como “la máquina de la felicidad”, porque la relación entre la implementación de cierto poder (la larga cadena histórica que iba a llevar al Estado nacional) iba ligada directamente a la conceptualización de los saberes que lo justificaban, las ideologías que lo sostenían y las maneras de pensar el campo cultural que quería instrumentalizar: “el calificativo de ‘ilustrado’ [...] no debe entenderse como adjetivo sino como sustantivo. No como sinónimo de ‘sabio’ o ‘aficionado al saber’ sino como sinónimo más o menos coherente de comprensión del mundo”<sup>3</sup>. Para esos efectos la historia del libro es también una historia de la cultura en Chile, que se comprende en una dicotomía respecto al objeto estudiado, ejemplificada en la distinción entre alma y cuerpo, que exige un enfoque “que tenga en cuenta tanto los paradigmas socioculturales que han permeado la realidad y la valoración social del libro, como también las características que ha tenido en el pasado la actividad editorial en su ciclo de producción, distribución, circulación y consumo”<sup>4</sup>.

La relación entre palabra y poder queda así establecida más allá de la abstracción. Las imbricaciones de ambas partes son lo suficientemente complejas como para dar cuenta de ellas en un espacio tan reducido.

Entre nosotros, en un pasado más o menos reciente, en la época de la Unidad Popular, la ciudad letrada democratizó la palabra en un esfuerzo obvio de repensar la misma. “Quimantú hizo disponible a bajo costo un gran número de títulos de clásicos literarios que iban de 50.000 a 100.000 copias [...]. En un país con menos de 10 millones de habitantes una sola serie de clásicos literarios llegó a vender 3.6 millones de ejemplares en un año, fenómeno inédito en América Latina, quizás con la sola excepción de Cuba”<sup>5</sup>. Lo que queda ahora de eso es simplemente una noción utópica,

emparentada con la imposibilidad de creer en las cifras y más aún, cercana al realismo mágico, el constructo *for export* predilecto del *boom*. Los militares y la *revolución silenciosa* que trajeron consigo acabaron con el proyecto y lo que es peor, lo desmembraron para anular su memoria, instrumentalizar sus partes, diseñando una ciudad letrada que se instalaba sobre la base del autoritarismo. Un lugar donde la palabra era una moneda de cambio peligrosa y donde la censura y la autocritica a los lenguajes –anteriores– derivó en enmascaramiento, alegorías y repliegues con la posterior separación mediática entre la cultura popular y la letrada; y luego, en el primer advenimiento de la democracia, un *miniboom* criollo que instalaba a los grandes *trust* editoriales en Chile con las consiguientes políticas de *marketing* sobre el objeto literario.

Pero la ciudad letrada terminó siendo hipertextualizada por el signo –o sino– de los tiempos. No solo nos encontramos hoy frente a la teorización de una escena cultural que pone en jaque ciertos supuestos anteriores respecto a las formas de entender la relación entre cultura, poder y escenarios ciudadanos, sino que la creación/acomodación de los imaginarios y los escenarios de producción crítica hay que ir a buscarla en el replanteo de una ciudadanía inmersa en los espacios de la urbe nueva.

La relación de esta nueva ciudad con la “ciudad letrada” es casi fantasmal. La imagen de Rama, que permitía ejemplificar las relaciones entre poder y cultura, ha sido trizada, fragmentada y violentada en la medida en que el mismo Estado/nación ha sido desmantelado, vendido y reubicado por el ascenso de las políticas neoliberales. En el caso chileno, que estas políticas hayan sido inauguradas por la dictadura no deja de ser accesorio: una “revolución silenciosa” más cercana a una teoría de la conspiración (si pensamos en la mirada de Gabriel Salazar) y donde el papel del intelectual y la crítica han sido disminuidos, desperfilados y frivolidados. Una idea que está esbozada con cierto cuño apocalíptico.

Para efectos masivos, la palabra fue reemplazada por la imagen, una imagen que no contaba con la sacralidad que imponía el viejo rito común de sentarse en una sala de cine, sino por la velocidad del *zapping* televisivo y en el medio la ciudad transformada en un espacio donde la relación entre presente y pasado se definía por el acceso a ciertas tecnologías comunicacionales. El sillón de terciopelo que Cortázar fetichizaba como el origen de su teoría del lector ha sido cambiado por la idea de un tipo a oscuras iluminado, *on line, naked in front of the computer*<sup>6</sup>. Los grandes salones de la burocracia estatal cambiados por cubículos separados, temperaturas perfectas, con la misma luz todo el día. Microsiervos, según la expresión de Douglas Coupland<sup>7</sup>. Nos encontramos ante una nueva imaginería que queda clara, por ejemplo, en los textos de Pedro Lemebel, que somatiza –desde la lectura simbólica de la plaga del SIDA– los arquetipos del nuevo Chile construido.

Los efectos son la desterritorialización de un espacio signado por la identidad nacional –fenómeno por cierto global– y afecta a la relación centro-periferia, que

al ámbito del análisis literario. Luego de recordar y descartar, por sesgadas, las críticas más acerbas a los planteamientos de Rama, la autora reconstruye las grandes líneas de su trayectoria intelectual, estableciendo una clara distinción entre los dos períodos que separan la apropiación de la categoría de transculturación. Al primer período corresponde ante todo el trabajo de Rama sobre *Darío y el Modernismo*, que permanecería tributario de una concepción lineal del proceso de la literatura, establecería correspondencias mecánicas entre la modernización socioeconómica y el modernismo literario, y concibiera el anhelo de “autonomía literaria” como el alcance, cuando no la superación, de los modelos metropolitanos más prestigiados. Estas limitaciones de los enfoques iniciales de la crítica social de la literatura latinoamericana emprendida por el uruguayo tendrían su origen en la llamada “teoría de la dependencia” y en el trasfondo desarrollista que la nutría. Con todo, en estos primeros planteamientos encuentra la autora el punto de partida para la superación de los enfoques estrictamente nacionales o nacionalistas, dada la aparición en el pensamiento de Rama de una perspectiva “continental” que habría de desembocar luego en un afán de “latinoamericanización” de la crítica literaria y cultural; en el cuestionamiento de la supuesta universalidad de modelos teóricos importados y elaborados en función de otras literaturas y otros procesos culturales; y en la búsqueda de una “autonomía crítica” abocada al desentrañamiento de la especificidad y originalidad de las literaturas del subcontinente americano. Con todo, es preciso señalar que, para Rama, este mismo “afán autonomista” nunca dejará de inscribirse dentro de un proyecto “modernizador”, del que se trataría entonces de desentrañar las características propias.

En esta perspectiva, la categoría de transculturación viene a desempeñar un papel de primer orden. Con base en el reconocimiento de las disparidades internas y regionales del proceso de modernización de los diferentes países del subcontinente, puestas de manifiesto por los posteriores desarrollos de la sociología latinoamericana, la noción de “transculturación” busca dar cuenta de la articulación –y ya no tan solo de la yuxtaposición o la superposición– de espacios y tiempos socioculturales sumamente heterogéneos, sean éstos internos o externos. Al oponerse a otras nociones como las de aculturación o deculturación que refutara en su momento Fernando Ortiz, la introducción de esta nueva categoría en el pensamiento de Rama deja atrás la supuesta subordinación pasiva a los modelos hegemónicos –o el afán por alcanzarlos–, que marcaba sus primeros trabajos. Pero tiene también otras derivaciones, de suma importancia, no solo para la relectura de muchos textos –como la que hiciera el propio Rama de *Los ríos profundos* de José María Arguedas–, sino también para la reconfiguración del corpus de la literatura latinoamericana.

En efecto, al reinsertar en, y recuperar para la modernidad –la literaria al menos– los espacios, los tiempos y las formas culturales que hasta entonces se seguían considerando “bárbaros” o “atrasados” por permanecer alejados de los modernos

altamente tecnologizada rompe con varios de los supuestos que están detrás de la cultura de la modernidad, del libro y de la cultura de la imprenta”<sup>10</sup>.

Los vínculos de la ciudad letrada con la hipertextualizada son tenues pero importantes. La ciudad hipertextualizada reemplaza a la letrada en la medida en que propone modalidades nuevas de intercambio cultural, además de hibridar las existentes. “Plasticidad neuronal”, lo llama Jesús Martín Barbero, a la hora de explicar los cambios en el paradigma del proceso de adaptación de los jóvenes a la tecnología y la posterior fetichización de la misma en aras de una concepción nueva del cuerpo social. Señala que “más que un conjunto de nuevos aparatos, de maravillosas máquinas, la comunicación designa hoy un nuevo *sensorium*, nuevos modos de percibir, de sentir y relacionarse con el tiempo y el espacio, nuevas maneras de re-conocerse y de juntarse [...] Se trata de una generación cuya empatía con la cultura tecnológica está hecha no sólo de facilidad para relacionarse con los aparatos audiovisuales e informáticos sino de complicidad cognitiva con sus lenguajes, fragmentaciones e hibridajes”<sup>11</sup>.

La ciudad, que ha dejado de leerse hace tiempo en la dicotomía centro/periferia, tiene en el hipertexto una estructura *ad hoc* al nuevo milenio para proponer una noción que defina la relación entre saber y poder. Esto porque el hipertexto puede ser leído desde dos ópticas. La primera es la meramente tecnológica, que está asociada a la utopía cientificista que lo interpreta sobre la base de modalidades de procesamiento, almacenamiento y distribución de la información. Esto puede rastrearse desde la ruptura de la matriz lineal en los enciclopedistas del XVIII, seguida por la propuesta del Memex de Vannevar Bush en los años cuarenta hasta que Tedd Nelson acuñara el término a fines de los años sesenta. Las palabras de Nelson sobre su trabajo son decidoras: “I build paradigms. I work on complex ideas and make up words for them. It is the only way”. En esta lectura, la sociedad de la comunicación está ya hipertextualizada sobre la base de la *World Wide Web* y las posibilidades que otorga el lenguaje HTML a la hora de interconectar –“linkear”– la información.

La segunda noción es un poco más compleja y tiene que ver con el replanteamiento de la noción de texto y la cultura del libro desde el campo de la filosofía. Una crítica que tiene como objetivo minar los campos de la razón occidental iluminada y la modernidad que ella ha construido. Según Bruno de Vecchi “en los años sesenta Roland Barthes, Gilles Deleuze y Felix Guattari, Jaques Derrida y otros teorizaban, cada cual a su modo y con sus matices, sobre la necesidad de contar con un nuevo tipo de texto abierto, multilineal, sin centro, múltiple [...] Derrida, quien constantemente habla de vínculos (*liassons*) cuestiona la linealidad, el que un texto cualquiera tenga una significación fija y verdadera, sostiene que el lenguaje es autónomo con respecto a las intenciones del hablante y pone en jaque la idea de que podemos comunicarnos de forma inequívoca a través del texto. Deleuze y Guattari, por su parte, se lanzan contra el pensamiento lineal y el pensamiento binario y hablan con

entusiasmo de una estructura compleja, que comparan con la de una madriguera de ratas, una raíz o un tubérculo, a la que denominan rizoma. Esta estructura debe ser heterogénea y multiconectada, no debe responder a ningún modelo estructural o generativo y debe ser capaz de ser rota en cualquier parte sin deshacerse”.

El hipertexto resulta así la estructura más convincente para repensar lo que otrora fue la ciudad letrada. La ciudad hipertextualizada es una utopía en plena ejecución, que se conecta con la globalidad y que tiene como consecuencia ciertos matices de ciencia ficción cercanos a las corrientes del *ciberpunk* de los ochenta. El Macondo que es reemplazado por el McOndo y luego por el Macon.doc. “En nuestro McOndo, tal como en Macondo, todo puede pasar, claro que en el nuestro cuando la gente vuela es porque anda en avión o están muy drogados. Latinoamérica, y de alguna manera Hispanoamérica (España y todo el USA latino) nos parece tan realista mágico (surrealista, loco, contradictorio, alucinante) como el país imaginario donde la gente se eleva o predice el futuro. Acá los dictadores mueren y los desaparecidos no retornan. El clima cambia, los ríos se salen, la tierra tiembla y don Francisco coloniza nuestros inconscientes”<sup>12</sup>.

La relación obvia del hipertexto es con la globalización. Esa que en su versión más o menos positiva tiene que ver con la internacionalización de la justicia y el sueño ciudadano de los derechos del hombre como algo generalizado y aplicado a las naciones, y que en su versión negativa impone una economía del punto.com con la obvia segmentación de clases, estratos y sectores que se definen sobre la base del acceso a las tecnologías y la velocidad de información. La relación saber-poder queda entonces definida por las condiciones de acceso, de movimiento, de interconexión entre los distintos nodos del hipertexto social. Una percepción que Rob Glasser, fundador del sistema-institucionalizado por Microsoft-Real Audio, reseña así: “Yo trato de obligarme cada una o dos semanas a usar banda angosta y conectarme a Internet con un módem 28k. Cuando navego paso por esa dolorosa experiencia de esperar cinco minutos sin que nada suceda. La verdad es que la espera no va a desaparecer hasta que la gente tenga banda ancha. Conozco gente que no se muda a cierto barrio a menos de que esté cableado para DSL o para módems de cable. No me cabe duda de que estos adelantos tendrán difusión universal en los próximos cuatro o cinco años”<sup>13</sup>.

La propuesta de Glasser va de la mano con lo que los escritores de la corriente *ciberpunk* norteamericana habían previsto como el futuro en las visiones que formularon durante los años ochenta. Los *ciberpunks*, precursores de la cultura *on line*, fetichizaron la tecnología con el objetivo de extrapolar las tendencias culturales en boga por esa época. El resultado fue una amalgama que implicó no solo una modalidad de concebir la naciente cultura digital sino que además engendró un estereotipo romántico: el *hacker*, el vaquero de ordenadores que asalta megacorporaciones y que trafica con la información. “Los *ciberpunkis*, al ser en sí mismos híbridos, están

procesos de urbanización, el uruguayo coloca en primer plano una serie de obras narrativas, como las de Arguedas, Rulfo, Guimarães Rosa, que surgen de la tensión entre las tradiciones vernáculas –regionales, orales y populares– y las influencias cosmopolitas. Desde esta perspectiva, el llamado *boom* de la narrativa latinoamericana se diversifica; y las obras y los autores que, dentro de una concepción lineal de los procesos literarios, aparecían como representantes de la “mayoría de edad” de la narrativa latinoamericana por su ruptura con el regionalismo, su experimentación formal y su temática urbana y “universal”, comparten ahora los afanes modernizadores con un proceso de renovación que logra enlazar la tradición del realismo regionalista con los aportes conjuntos de las vanguardias europeas y de las múltiples formas de un imaginario oral y popular latinoamericano. Independientemente de los cuestionamientos que pudieran hacerse al marco “modernizador” en el cual Rama inscribe esta diversificación y reformulación del *boom*, lo relevante de su planteamiento consiste en el descentramiento y la diversificación de los procesos literarios, y en el reconocimiento de las trayectorias no por fuerza lineales ni homogéneas de estos mismos procesos. Aunque Rama no haya “teorizado” sus planteamientos y los resultados de sus investigaciones en estas direcciones –la autora señala con justa razón la renuencia del crítico uruguayo a los constreñimientos teóricos–, es por demás evidente que de ellos se derivan una serie de consecuencias importantes respecto de los modos de historiografiar los procesos literarios latinoamericanos. Retomaremos esta problemática en la segunda parte de esta reseña.

La obra crítica y las propuestas historiográficas de Alejandro Losada constituyen el objeto de la atención de Patricia D’Allemand en el siguiente capítulo. Menos conocida en nuestro medio académico que la de Rama –acaso por haberse desarrollado desde la Universidad Libre de Berlín y por la desaparición prematura de su autor–, la obra de Losada consiste ante todo en una propuesta teórica abierta para la construcción de una historia social de la literatura latinoamericana. Dicha propuesta se enriqueció luego con la fundación de la Asociación para el Estudio de las Literaturas y las Sociedades de América Latina (AELSAL), en la cual participaron latinoamericanistas de diversos países europeos.

El carácter esencialmente abierto –por su constante reelaboración, su dimensión interdisciplinaria y su base colectiva– de la propuesta teórica de Losada vuelve hasta cierto punto reductivo cualquier intento de sistematizarla. Con todo, retendremos aquí sus principales directrices. El punto de partida de dicha propuesta consiste en el intento de dar cuenta de la especificidad de la producción cultural y literaria latinoamericanas a partir de su “relación dialéctica” con la especificidad de las sociedades del subcontinente, la cual puede entenderse en buena medida como resultante de su pasado colonial. En este marco, la especificidad del proceso literario se perfila a su vez como el intento siempre renovado de “superar” el conflicto aún irresuelto acarreado por la Conquista, la Colonia y la dependencia posterior. Ahora

urbano en la medida en que su diseño corresponde a una matriz que está separada de la historia y donde la identidad es un decorado. “La historia es usada para roles serviles y se convierte en una decoración banal: preservacionismo fetichista de algunos muros como cáscaras. Por esto, el *shopping* sintoniza perfectamente con la pasión por el decorado de la arquitectura llamada posmoderna. En el *shopping* de intención preservacionista la historia es paradójicamente tratada como *souvenir* y no como soporte material de una identidad y temporalidad que siempre le plantean al presente su conflicto. Evacuada la historia como “detalle”, el *shopping* sufre una amnesia necesaria a la buena marcha de sus negocios, porque si las huellas de la historia fueran demasiado evidentes y superarán la función decorativa, el *shopping* viviría un conflicto de funciones y sentidos: para el *shopping*, la única máquina semiótica es la de su propio proyecto. En cambio, la historia despilfarra sentidos que al *shopping* no le interesa conservar, porque en su espacio, además, los sentidos valen menos que los significantes”.

Así la relación de esta nueva ciudad (hipertextualizada, interconectada, ahistórica) con las identidades previas está en un proceso de crisis. Desterritorialización y globalización que implican la desaparición del sujeto mediador entre lo local y lo global: el Estado/nación. La referencia al mismo como constructo es mimetizada con el acervo histórico que evade la cita íntima de la misma hasta que las explosión es inminente. La memoria de la identidad nacional desaparece en el pergamino de buenos deseos de la hipermedia global. Según Néstor García Canclini, “cuando los Estados-nación pierden capacidad de movilizar al pueblo, las ciudades resurgen como escenarios estratégicos para el avance de nuevas formas de ciudadanía con referentes más ‘concretos’ y manejables que los de las abstracciones nacionales. Además, los centros urbanos, especialmente las megalópolis, se constituyen como soportes de la participación en los flujos transnacionales de bienes, ideas, imágenes y personas”<sup>16</sup>. La “abstracción nacional” pasa a ser un concepto *demodé* para la edificación de la nueva sociedad del siglo XXI. Lo interesante es que en el caso específico chileno dicho concepto tiene referentes específicos que lo vinculan con la historia anterior en la medida en que la implementación de la ciudad hipertextualizada es un proyecto donde el olvido y el recuerdo producen un cruce ineludible.

### 3. LA PERSISTENCIA DE LA MEMORIA

En la novela *Sueños digitales*<sup>17</sup>, del boliviano Edmundo Paz Soldán, hay una interesante reflexión sobre la relación entre tecnología, memoria y ciudad. La historia de un diseñador gráfico que termina lavando la imagen del presidente por medio de la intervención electrónica de sus fotos es llevada al límite, en tanto la vida misma

del protagonista es borrada de un plumazo, tal y como él interviene y borra la historia consignada en las fotos. La desaparición de su identidad es tal, que la situación no solo le provoca la pérdida de su inestable matrimonio *yuppie*, sino que además borra su propia imagen y luego en un acto físico hace desaparecer su casa. Para Paz Soldán no hay salida viable en el proceso de pérdida y reconstrucción; la entropía es tal que el protagonista se termina suicidando. Aun así encuentra una forma de resistencia: cada foto intervenida es mascada con su firma escondida: "Cada foto con su firma era un mensaje en una botella: quizás algún día, dentro de un mes o de cincuenta años, un historiador acucioso, de esos que investigaban sus pistas con lupa (o con programas más avanzados que *Photoshop*), repararía en un detalle que casaba y descubriría que esa foto tan real había sido violada (la pornografía explicada a intelectuales), y ello lo llevaría a analizar otras fotos, grabaciones y documentales de la época. Era consciente de que quizás lo estaban filmando, y quizás ya habían descubierto que estaba intentando ser más secreto que los secretos dueños del secreto. ¿Destruirían esas fotos, o las volverían a manipular para borrar su firma? Sí, todo esfuerzo podía ser en vano. Pero bastaba que una foto burlara la vigilancia de la Ciudadela para que hubiera esperanza. Bastaba que uno de sus vigilantes palpara, como él, el horror de lo que estaban llevando a cabo, y dejara pasar intencionalmente una foto con la firma de Sebastián, como pruebas de las transformaciones que a las que un soñador las había sometido..."<sup>18</sup>

La lectura que hace Paz Soldán de los vínculos entre tecnología y memoria es pertinente en este punto, porque para los efectos de la ciudad hipertextualizada la necesidad de pensarse como memoria es uno de los elementos que rompe el ciclo de desconexión con el pasado nacional. En términos simbólicos, la memoria se impone como un texto que permite hacer una contralectura a la hipermedia y, lo que es más, re-liga a este sujeto con el espacio.

Las razones son variadas. Van desde la persistencia de una lengua común al reconocimiento activo de las marcas de la historia sobre el espacio. Pasan por la identificación de las modalidades de la política con discursos anclados en la historia y en diálogo con ella. Involucran al sujeto, al ciudadano de manera activa en el repensar de la sociedad. Lo sacan del círculo que implica ser un microsiervo, lo unen a la cultura urbana hibridado, pero consciente de la mezcla. Lo transforman en un lector activo del hipertexto social en vez de un usuario correcto. Le hacen recordar, lo descongelan, lo territorializan de nuevo. Una memoria del horror que despierta y sacude al desocupado lector.

Los ejemplos son incontables y tienen que ver con la memoria política, con el ruido de la historia. Un ejemplo obvio: cuando el movimiento de la Funa identifica a un torturador o una casa de tortura, descongela la arquitectura de la urbe construida sobre el olvido, y remodela. Transforma el plano de la ciudad de tal forma que crea ciertos *links* asociados al uso de la violencia sobre los cuerpos, la desaparición y

tortura de los mismos y produce una intervención del plano simbólico que mapea la ciudad con las señales de ruta que –parafraseando a Juan Luis Martínez– hacen que la familia desaparecida aparezca de nuevo.

Estos *links*, estas conexiones con el plano de la memoria, pueden parecer accesorios pero no lo son. En el escenario posmoderno –o poscolonial o como quiera llamarse– la necesidad de territorializar el espacio es apremiante. No se trata en este caso de razones nostálgicas ni de anclar la tecnología con un pasado republicano que está hecho de medallas. Se trata de la necesidad de repensar al ciudadano inmerso en los flujos de comunicación pero con una percepción crítica de esos flujos, y permitiéndole saber que las redes en las que se mueve, la ciudad en la que vive, la televisión que ve y los *e-mails* que recibe no son creaciones parte de un solipsismo del espectador, ni la imaginaria virtual de la cultura digital. Todo está construido sobre algo. Todo está hecho sobre la base de olvidos, recuerdos y zonas intermedias transculturizadas en el camino que llevan del pasado nacional a la tecnología global. “Desde el olvido inaugural”, dice Rafael Parada, “que es el nacer para lo nuevo se inicia la construcción de la identidad sobre un borramiento. El recuerdo es el que construye hasta en sus formas negadas de identidad por su proyección futura”<sup>19</sup>.

Entonces, la experiencia ciudadana en el hipertexto social no es un fenómeno que esté afiatado tan solo por el uso o marginación de las tecnologías, o simplemente condicionada a la velocidad de la interconexión. Una de sus pocas gracias es que parece ciencia ficción pero irónicamente no lo es. Por el contrario, se trata de una experiencia escrita en la tensión de dos momentos, de dos proyectos y de la idea de civilidad que tienen ambos. La pregunta radica en cuánto de la ciudad letrada sobrevive en el hipertexto de nuestros días. Una pregunta que no es cuantificable sino que interroga desde una perspectiva más íntima sobre cuántas posibilidades tenemos de intervenir el imaginario que estamos creando. Sobre cuántos *Macon.doc on line* nos pertenecen. La respuesta está esbozada porque a pesar de estar enmascarada o de descongelarse a ratos, todavía sobrevive ahí, en la memoria. “El caso chileno resulta paradigmático. El consuelo que ofrece el salto al futuro, escudado en amnesias colectivas, las más de las veces cómplices, que rehúsan enfrentar al pasado, no es una respuesta suficiente para sobrellevar el trauma de la memoria”<sup>20</sup>.

El trauma que Jocelyn Holt consigna va más allá del político y tiene que ver en el contexto nacional, con un proyecto de país que tome en cuenta, que recuerde, las convulsiones de la historia reciente. La ciudadanía del hipertexto no borra necesariamente la presencia de la historia sino que al revés, la hace más apremiante. La vuelve el fantasma de la máquina virtual, lo que no puede ser codificado, reducido a números o delimitado en HTML. La opción del recuerdo es una opción que no puede ser desechada porque sencillamente los quiebres y fracturas siguen encontrándose ahí, persisten a pesar de los lavados de imagen y el olvido intencionado. Es algo que aparece de súbito, cuando extrañamente nuestra “máquina de la felicidad”, la

tecnología que ocupamos, se parece a nuestra “máquina del poder”, al proyecto que deseamos para la sociedad.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Ángel Rama (1984), *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, pp. 8-9.
- <sup>2</sup> Bernardo Subercaseaux (2000), *Historia del Libro en Chile (alma y cuerpo)*. Santiago de Chile: LOM, p. 21.
- <sup>3</sup> *Ibíd.*, 23.
- <sup>4</sup> *Ibíd.*, 8.
- <sup>5</sup> Idelber Avelar (2000), *Alegorías de la derrota: ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, p. 65.
- <sup>6</sup> Expresión acuñada en una canción de Faith no More, del disco “Album of the year”, 1998.
- <sup>7</sup> Douglas Coupland (1996), *Microsiervos*. Barcelona: Ediciones B.
- <sup>8</sup> Jesús Martín Barbero (2000), “Jóvenes: comunicación e identidad”. Conferencia Iberoamericana de Ministros de Cultura.
- <sup>9</sup> Término acuñado por Rodrigo Fresán en *La velocidad de las cosas*. Barcelona: Tusquets, 1998.
- <sup>10</sup> Bruno De Vecchi Espinoza. “Nuevas formas de vida, nuevas estructuras de la comunicación”. *Interlink headline news*, 1095, 29 de enero de 1998.
- <sup>11</sup> Jesús Martín Barbero (2000), “Globalización y multiculturalidad: notas para una agenda de investigación”. En *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina*. Ed. Mabel Moraña. Santiago de Chile: Cuarto Propio, p. 26.
- <sup>12</sup> Alberto Fuguet y Sergio Gómez (1996), *McOndo*. Barcelona: Mondadori, p. 17.
- <sup>13</sup> Entrevista a David Glasser, “La única verdad es la realidad”. *Rolling Stone* [Argentina], 32, (Noviembre de 2000).
- <sup>14</sup> Bruce Sterling (1998), *Mirrorshades*. Barcelona: Siruela, p. 23.
- <sup>15</sup> Beatriz Sarlo, “El Centro Comercial”, *La Jornada* (22 de marzo de 1998).
- <sup>16</sup> Néstor García Canclini, “Culturas urbanas de fin de siglo: la mirada antropológica”, [www.unesco.org/issj/rics/153/canclinispa.html](http://www.unesco.org/issj/rics/153/canclinispa.html)
- <sup>17</sup> Edmundo Paz Soldán (2000), *Sueños digitales*. La Paz: Alfaguara.
- <sup>18</sup> *Ibíd.*, 233.
- <sup>19</sup> Rafael Parada (2000), “Identidad y memoria, simetrías del olvido”, en *Políticas y estéticas de la memoria*. Ed. Nelly Richard. Santiago de Chile: Cuarto Propio, p. 226.
- <sup>20</sup> Alfredo Jocelyn Holt (2000), *Espejo retrovisor*. Santiago de Chile: Planeta/Ariel, p. 37.